

## Una residencia para personas mayores desde la educación social. Cómo se puede convertir en un centro de vida

Una residencia para personas mayores desde la educación social. Cómo se puede convertir en un centro de vida

*Crónica de una experiencia, en el paciente proceso de convertir una residencia para personas mayores en un centro de vida. Uno de los pasos imprescindibles consiste en conocer cuáles son las necesidades y capacidades de la persona ingresada. Para conseguirlo se hará una entrevista personal, recopilando información sobre su vida y pasado próximo. Las fuentes de información pueden ser sus familiares y diversas personas de su círculo social próximo. Resulta asimismo importante recabar la información que mediante el trabajo directo con la persona en actividades de la vida diaria y los diversos programas del centro captan los diferentes profesionales.*

An older persons' residence as social education. How to make it a centre for life

*The account of an experience in patiently converting a residence for older people into a centre for life. One of the essential stages is the exploration of the needs and abilities of the resident individual. This involves conducting a personal interview, compiling information about his or her life and recent past. Sources of information may be his or her relatives or other people from the immediate social circle. It is also important to collect the information that when directly worked on with the person in everyday activities and different programmes in the centre can allow for input from the different professionals.*

### Palabras clave

*Angustia, Dolor, Educador social, Familiares, Pérdida, Proceso de duelo, Terapia ocupacional*

### Key words

*Distress, Pain, Social educator, Relatives, Loss, Mourning process, Occupational therapy*

**Autor:** Rubén Macías

**Artículo:** Una residencia para personas mayores desde la educación social. Cómo se puede convertir en un centro de vida

**Referencia:** Educación Social, num. 22, pp. 92-99

**Dirección profesional:** Residència L'Alzina  
Cunit. Tarragona  
[laalzina@telefonica.net](mailto:laalzina@telefonica.net)

## Una residencia para personas mayores desde la educación social. Cómo se puede convertir en un centro de vida

Paulina ingresa hoy en la residencia. Tiene 75 años, es viuda desde hace 10 y en su maleta trae, además de gran parte de su ropa, una depresión crónica que arrastra desde hace 20 años. La acompañan su hija y tres de sus cuatro hijos varones. Mientras una gerocultora, otra residente y dos de sus hijos, le presentan su habitación, las instalaciones, a los demás residentes, etc... La directora del centro y yo mismo (educador social; gerente) nos dedicamos a la burocracia con su hija y el otro hijo.

Durante la conversación en el despacho ambos hijos están pasando un mal trago. Hacen reflexiones en voz alta como: “No esperaba que este momento me fuese a ser tan duro... Aunque siempre le había prometido que nunca la llevaría a una residencia, hemos tenido que hacerlo. Nos comprenden, ¿verdad?... En casa todos trabajamos y no podemos estar con ella... Además necesita ayuda y nosotros no sabemos ya qué hacer... Mis cuñadas no pueden aguantar más su apatía, su mal humor, ni su depresión... Sé que no hay otra solución; hemos buscado mucho hasta encontrar una residencia como esta y sabemos que aquí estará perfectamente, pero aún así nos afecta mucho dejarla... Pablo, el menor de nosotros cinco no ha encontrado fuerzas ni siquiera para venir a acompañarnos...”. Al final surgen las casi inevitables lágrimas de los ojos de los dos hijos.

Con posterioridad, y durante al menos dos semanas, las llamadas preguntando por su madre serán casi continuas por parte de los 5 hijos.

El proceso de aceptar que han ingresado a su madre en una residencia supone para ellos una angustia, un dolor y una pérdida. En definitiva, están viviendo durante un tiempo un proceso de duelo tan grande o mayor que el que comportaría la muerte de su madre.

Por otra parte Paulina estaba más triste que nunca mientras le presentaban a quienes iban a ser sus compañeros en la residencia. No abrió la boca en todo el recorrido. Seguramente puede llegar a comprender los motivos por los que sus hijos la ingresan en la residencia, pero, como es habitual en casi todos los ingresos, se siente perdida. Seguramente siente cómo al hacerse mayor ha perdido rol social dentro de su familia y en su entorno; ya no es ella la que dirige la casa y a sus hijos sino que son ellos los que dirigen sus casas y la dirigen a ella. Seguramente también se sentirá perdida porque no puede ya manejar su propia vida, y han tenido que ser sus hijos después de que un día se dejara el gas abierto en su casa, y después de un año de ir de casa de un hijo a la casa de otro, los que tomaran la decisión sobre el sitio donde iba a vivir a partir de ahora.

Como es habitual en casi todos los ingresos, se siente perdida

Corren los días y, gracias a los esfuerzos del equipo de profesionales de la residencia y de los propios residentes, poco a poco, Paulina establece relación con algunos de ellos. Con el tiempo expresa qué siente desde hace un año, y ahora más que nunca, la separación de su ámbito inmediato de relación. Hace un año que no ve a sus antiguas vecinas, ni sabe cómo está su piso, ni va a comprar al mercado, ni ve a los que tienen instalados puestos de mercado, ni recibe a nadie en casa, ni la visitan... claro, ha estado un año de casa en casa, de barrio en barrio...

Al coger confianza con Bárbara, otra residente, le cuenta; “¡Hay que ver! ¡Mis hijos! Toda la vida cuidando de ellos; nunca les ha faltado nada; nunca habrán podido tener queja de su madre, ¡que lo ha dado todo por ellos! Y ahora, me dejan aquí, en un asilo. ¡Si en el barrio supiesen que estoy en un asilo! Yo, que me he portado tan bien siempre con ellos... y así me lo pagan, ¡llevándome al asilo!”. “No tengo idea de cómo está mi piso. Nadie sabe que estoy aquí. Hace un año que no veo a mis amigas del barrio. Hace un año que no voy al baile... Todo desde el día que, cocinando, sentí un mareo (de vez en cuando me dan mucho)... me caí y ya no recuerdo nada... ¡qué iba yo a saber de que el gas estaba abierto!... ¡aunque si no llega a ser por las vecinas!

A los pocos días Paulina le seguía contando a Bárbara: “Yo sólo estoy aquí por un tiempo, hasta que me cure. Porque estoy mala, ¿sabe? En poco tiempo iré a vivir a casa de mi hija.... Si estoy aquí es por el pipí. Desde que se me escapa el pipí necesito a alguien que me ayude... pero cuando me cure me iré a casa”.

Existe un proceso de duelo que obligatoriamente han de pasar las personas que ingresan como residentes y otro bien distinto el que también obligatoriamente han de pasar sus familiares

Al cabo de un mes de estar ingresada, Paulina justificaba a sus hijos con frases como: “es normal que me hayan traído aquí, claro, porque todos mis hijos trabajan y no pueden ocuparse de mí. Para estar sola en casa, ¡mejor estoy aquí que tengo con quien hablar!”.

Paulina, como sus hijos, también sufrió angustias, dolor y grandes pérdidas al ingresar en la residencia. También pasó un proceso de duelo.

El caso de Paulina y su familia es muy común en el ingreso de alguien en una residencia. Existe un proceso de duelo que obligatoriamente han de pasar las personas que ingresan como residentes y otro bien distinto el que también obligatoriamente han de pasar sus familiares. Ambos duelos son diferentes en intensidad y duración según los casos. Pero los profesionales de los centros residenciales hemos de conocerlos y ayudar a estas personas a pasarlos lo más correctamente posible. En el caso de las familias el duelo se da al sentirse culpables al no poder atender a sus mayores como hubieran querido, como les han enseñado, como es culturalmente valorado: en su propia casa, con los suyos.



El duelo que ha de vivir una persona mayor que ingresa en un centro residencial es si cabe mucho más complejo. Actualmente las personas mayores todavía relacionan las palabras residencia con asilo, y para ellos la palabra asilo connota, como poco, abandono. Además han de vivir la separación de lo que para ellos ha sido su ámbito inmediato de relación (cuánto más si el ingreso se debe al fallecimiento del cónyuge), relaciones sociales y con su comunidad. También conlleva la separación física de su entorno habitual, su casa, su barrio, posiblemente su ciudad. También la pérdida del rol social que se había podido tener hasta el momento y la capacidad para manejar su propia vida. También una pérdida de autosuficiencia y, asociada a ella, pérdida de autoestima. A todas estas pérdidas se ha de unir la pérdida de las facultades físicas y mentales propia de la edad.

La figura del educador/a social todavía está poco representada en los centros residenciales para la tercera edad (al menos en Cataluña). Sólo residencias con una solvencia económica determinada disponen en plantilla de esta figura profesional como tal. Actualmente yo trabajo en la gerencia de una residencia en la provincia de Tarragona. No estoy contratado como educador social sino como gerente, pero el hecho de *lo social* es vocacional, por lo que desde la gerencia trato de que todos los ámbitos de trabajo de la residencia reflejen esta vocación. Sería muy interesante que en todos los centros residenciales pudiese darse la figura del educador social. Casos como el de Paulina necesitan de profesionales que sepan ayudar, no sólo en el proceso de duelo de residentes y familiares, sino también en una mejor adaptación de las personas a los cambios que la edad y la vida en un centro residencial conllevan. Desde la gerencia del centro en el que trabajo, y gracias a esta vocación a la que me refería, se pueden articular procedimientos de trabajo encaminados a ayudar a los residentes y a sus familias a adaptarse a unos cambios que se dan seguramente por primera vez en sus vidas y para los que no tienen porque estar preparados.

Hasta ahora he estado hablando del proceso de duelo que representa para familiares y residentes el ingreso en una residencia, pero a lo largo de la vida de una persona dentro de un centro residencial se van a dar multitud de situaciones que irán cambiando la vida de esta persona, de sus familiares y de su entorno más directo. Alguien, y quién mejor que un/a educador/a social, debe ayudar a estas personas a adaptarse a estos cambios que, por la edad, el tipo de centro, circunstancias, etc... seguro que se dan de forma continuada. El duelo del que os hablaba no tiene que ser sino el primero de estos cambios.

Ahora bien, ¿cómo podemos trabajar estos cambios?. En este punto tan solo os puedo hablar desde la experiencia. Es fundamental que todo el personal del

centro esté informado y concienciado sobre los procesos de cambios que se van dando en los residentes y sus familiares. En mi centro se articulan reuniones de trabajo en las que participan todos los profesionales del centro. En estas reuniones se redactan planes individuales de atención integral (PIAI); es decir, se analiza a cada residente desde el punto de vista de cada profesional y de forma conjunta. Periódicamente se redactan objetivos respecto a cada residente, la manera de conseguirlos, y su evaluación posterior. Así, el equipo de profesionales del centro estará atento al desarrollo de posibles cambios en cada residente desde su ámbito de trabajo, pero también de forma global. Con ello se pretende poder articular líneas de trabajo adecuadas para cada residente.

En mi centro, y debido a que no podemos disponer de una persona solo para ello, soy yo quien organiza y convoca regularmente al equipo de profesionales respecto al seguimiento de estos PIAIs.

Pero antes de que este proceso de trabajo continuo empiece, lo primero que tendremos que hacer sin duda alguna es recabar información sobre el nuevo residente. Necesitaremos conocer cuáles son sus necesidades y capacidades. Lo haremos a través de una entrevista personal y también recopilando información sobre su vida y pasado próximo. Nos podrán informar sus familiares y diversas personas de su círculo social próximo. Sería importante recabar asimismo la información que mediante el trabajo directo con la persona en actividades de la vida diaria y los diversos programas del centro capten los diferentes profesionales.

Paulina lleva dos meses viviendo en la residencia. En nuestro centro todas las habitaciones son individuales, por lo que Paulina pudo personalizar su habitación con las fotos que traía y sus objetos personales. Asimismo la ayudamos a adecuar su entorno; sus hijos le trajeron de su casa una cajonera a la que tenía aprecio, se le cambió de lugar el espejo de la habitación, se programaron los canales de su televisor de acuerdo con el orden que ella misma escogió, llenó la habitación de cojines... Poco a poco ha ido creando para sí misma un entorno privado propio.

Para Paulina fue una sorpresa el día que dos compañeras la invitaron a caminar con ellas por el paseo marítimo. Sabía que se podía entrar y salir libremente del centro, pero hasta ese momento no fue consciente de que verdaderamente podía hacerlo. Ahora es muy habitual verla salir acompañada a dar paseos, a comprar, a misa, a las fiestas populares que se dan en la comunidad. La animadora del centro, además, les ofrece salidas para ir a comprar en grupo al mercadillo, para hacer un picnic en la playa, o para ir al parque por la tarde y montar en los columpios... Sí, sí... ¡Montar en los columpios! Ahora Paulina



conoce a mucha gente, entre otras cosas porque el centro dispone de un Centro de día al que acuden personas del pueblo. Paulina visita, con otras compañeras, a las personas que viven en el pueblo en sus propias casas, toman café y charlan. Poco a poco, y con la ayuda de profesionales y residentes, ha ido creando su propio grupo de relación. Todavía se está pensando si este febrero participará en la rúa de carnaval con la comparsa de la residencia; ella es la única de su grupo de relación que todavía lo duda.

Hace tiempo que estamos asombrados en la residencia, porque hay una cosa en la que Paulina también participa activamente. Desde hace un tiempo trabaja (en parte) con el grupo de profesionales redactando su propio PIAI. Marca incluso objetivos para ella misma, que valora con el grupo de profesionales cierto tiempo después.

En L'Alzina, así se llama nuestra residencia, tenemos un programa de terapia ocupacional especial. Lo coordinamos la animadora y yo mismo. Consiste en que cada residente se comprometa para con los demás asumiendo una responsabilidad que ayude a todos en la vida diaria del centro. Así, la Sra. María se encarga de un jardín, Juan se encarga de quitar las hojas muertas de las plantas del jardín (las tenemos siempre perfectas), Manuel pone siempre las mesas para comer, Flor ayuda a recoger las mesas, Carmen barre el comedor, Cándida arranca cada día la hoja del calendario (¡algo muy importante aunque no lo parezca!), Juliana da de comer al jilguero y arregla su jaula, la Sra. Amalia dobla calcetines, Rosario se preocupa de que la perrita de la residencia tenga siempre agua y comida, Mercè recoge sus cacas y... Paulina se encarga de que siempre esté limpia y peinada. Cada persona se siente útil y tiene una responsabilidad que le da autoestima y las mantiene activas.

Un día Paulina recibió una llamada de teléfono. Eran dos vecinas de su antiguo barrio que pretendían venir a verla unos días después. Fueron unos días intensísimos para Paulina. Además de sus hijos, que la visitan con mucha regularidad, aquella era la primera visita que recibía. Durante dos días se dedicó a limpiar a fondo su habitación, compró bombones, se aseguró de poder tener una de las salas privadas tan solo para ella y sus amigas, se aseguró de que se les sirviera café, pidió al personal y a los residentes que la residencia estuviera preciosa el día de la visita... etc. Desde aquella visita se han sucedido muchas otras de antiguos vecinos, amigos, parientes... y es sorprendente cómo Paulina expresa cómo vive: "Aquí no me falta de nada, tengo amigos y amigas, salgo, hay baile, la chica de las tardes (la animadora) nos enseña a hacer punto de cruz, nos enseña al dominó... mis medicinas me las dan al momento, ni un minuto antes ni un minuto después... en mi habitación entra sólo quien yo quiero... mis hijos me visitan mucho, hace un mes estuve en el bautizo de mi

último nieto... lo mejor, la misa, viene el cura una vez al mes a darnos la comunión... si yo llego a saber que aquí se vive así, me vengo antes...”.

Durante el tiempo en que Paulina lleva en la residencia sólo puntualmente conocemos sus procesos depresivos. Durante muchos años sus hijos tuvieron que oír sus quejas continuas, hasta el punto de entrar en depresión ellos mismos. Ahora Paulina, con la ayuda del personal de la residencia, del resto de los residentes y de sus hijos, pocas veces presenta cuadros de depresión. Siempre coinciden con las visitas de sus hijos, a los que ya tiene acostumbrados (sometidos afectivamente). Pero cada vez son menos. Sus hijos, de hecho, están muy sorprendidos con la evolución de su madre. El médico, la animadora, las gerocultoras, el enfermero, el fisioterapeuta, e incluso el personal de limpieza, el de cocina y la dirección, hemos tenido que trabajar mucho para que Paulina y su familia se sientan a gusto en esta etapa de sus vidas.

**El papel de un/a educador/a social en una residencia de tercera edad es necesario para el seguimiento de muchos procesos de adaptación al cambio: en el ingreso, durante la vida cotidiana del centro y al abandonar el centro**

Los hijos de Paulina, transcurridas dos semanas aproximadamente desde el ingreso de su madre en la residencia, estaban mucho más relajados respecto al tema del ingreso. Vieron la adaptación que poco a poco iba haciendo su madre, y valoraban cada vez más positivamente su decisión. A fecha de hoy están encantados, y no paran de agradecer que se hubiera contado con ellos para mejorar el proceso de adaptación de su madre al centro. Según expresan, la sensación de abandono respecto a su madre que habían tenido ha llegado a desaparecer viéndola actuar dentro del centro. Conocen que algún día tendrán que vivir el duelo por la muerte de su madre, pero saben que también en ese proceso de adaptación los profesionales de la residencia estaremos a su lado. Y no llegarán a tener la sensación de que a su madre no le dieron todo lo mejor que pudieron hasta sus últimos días.

Como seguramente se podrá entender, la gestión/dirección de un centro residencial conlleva la planificación, dirección y supervisión de todos los servicios y actividades del centro. Y todos ellos deben contemplar sin lugar a dudas las circunstancias específicas por las que ingresan los usuarios de nuestros servicios, sus características personales, y los cambios a los que se enfrentan.

He intentado reflejar en estas líneas que el papel de un/a educador/a social en una residencia de tercera edad es necesario para el seguimiento de muchos procesos de adaptación al cambio: en el ingreso, durante la vida cotidiana del centro y al abandonar el centro. La figura del/la educador/a social es un centro de este tipo es importante, pero todavía muy poco utilizada como tal. En mi caso ejerzo la educación social desde la gerencia, *impregnando* todos los



procesos del centro, desde las relaciones externas (comunidad, agentes sociales...), pasando por la relación con familiares, relación con el personal, mantenimiento de las instalaciones, e incluso desde la publicidad y la gestión económica.

Rubén Macías Mateos  
Gerente Residencia L'Alzina  
Cunit. Tarragona.